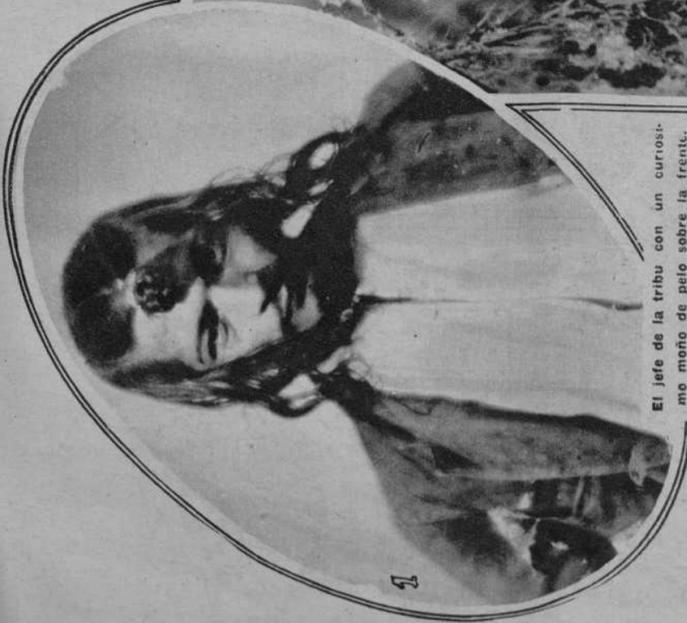


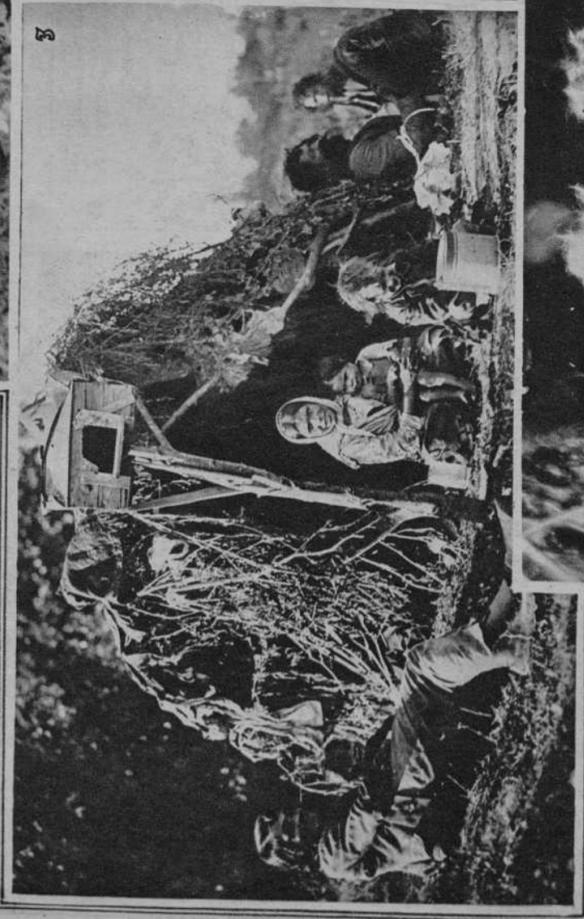
Gitanos del cen- tro de Europa.



1
El jefe de la tribu con un curioso moño de pelo sobre la frente.



2
Dos muchachas de rostro cetrino y dientes blancos.
(Fots. Sherl.)



3
La cabaña improvisada.



4
Gitanillos tomando el sol, sonriendo y comiendo.

NUM
93

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Búa Gráfico

ENERO
22
1928

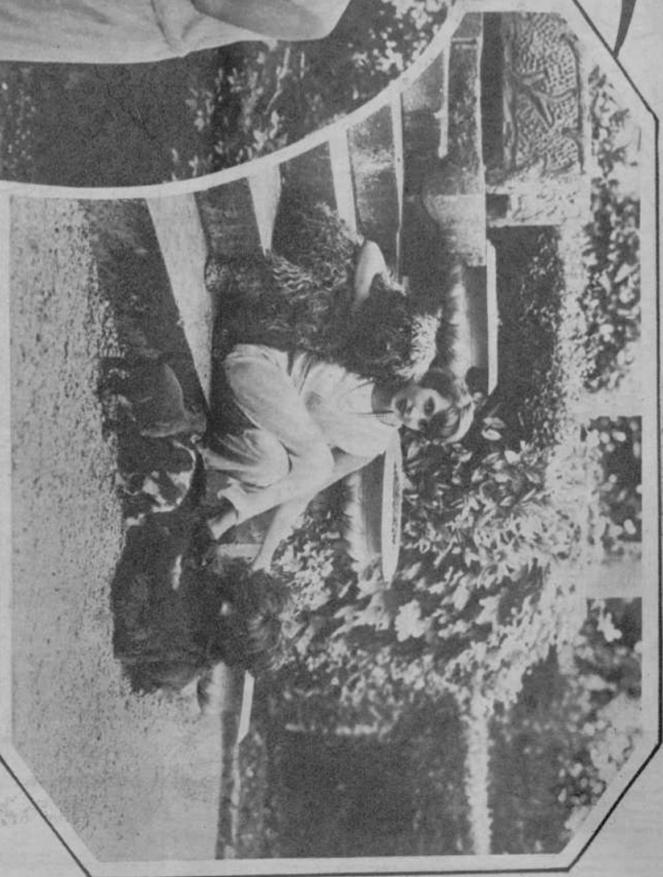


5
V. A. J.—Una muchacha inglesa batallando con bolas de nieve en Hamstead, Londres.

PARA MISTINGUETT. ESTRELLA DE MUSIC-HALL FRANCÉS, NO PASAN LOS AÑOS



Miss, con su familia perruna.



Miss, en pyjama, pasea en compañía de Bougival, por su jardín. (Fot. Vidal)



Miss, con dos cabras de Angora, en una escena pastoral más o menos verosímil.

La agilitísima «vedette» sobre su auto, luciendo las piernas que sustentan su fama.

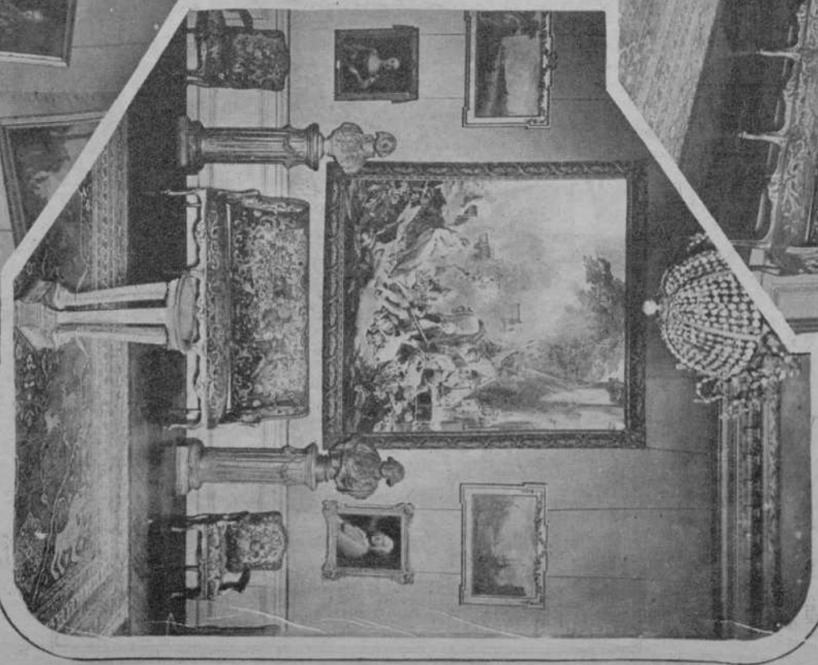


UN ANGULO DEL SALON RECONSTRUIDO CON TAN TANTA FIDELIDAD A LA HISTORIA COMO BUEN GUSTO

EL CENTRO DE LA SALA, BAJO EL SALOMON DE CRISTAL. LA TAPIERIA DEL FONDO ES UN BAUVAIS AUTENTICO.

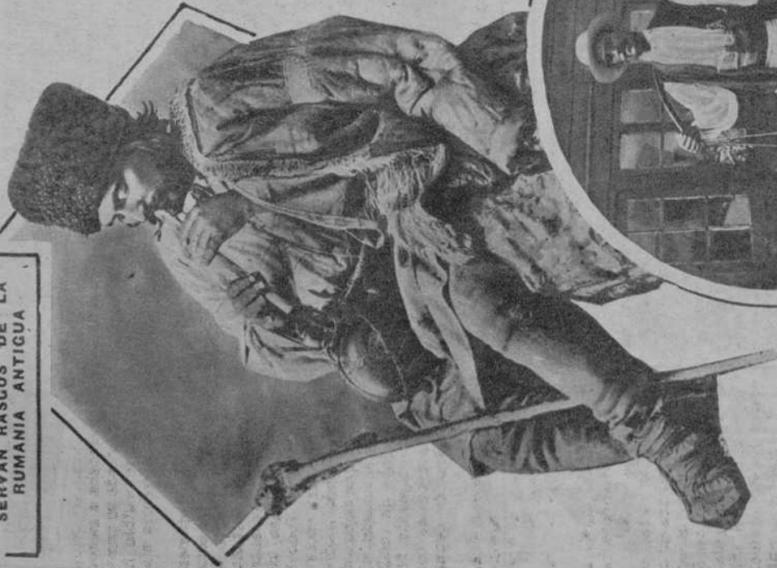


EN EL MUSEO JACQUEMART, ANDRE, DE PARIS, SE HA INAGURADO, BAJO LA DIRECCION DE PIERRE DE NOLHAC, UN SALON DEL SIGLO XVIII.

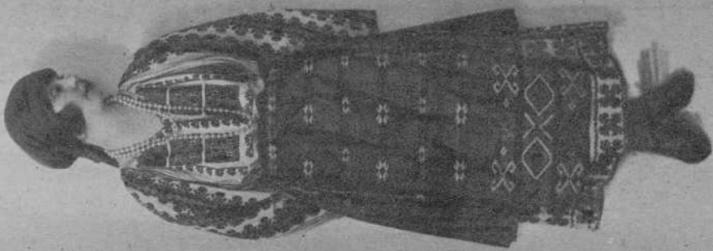


OTRO ANGULO DEL SALON, DECORADO CON DELICADAS PINTURAS DE EPOCA

ALGUNOS TIPOS DE LA RUMANIA MODERNA, QUE CONSERVAN RASGOS DE LA RUMANIA ANTICUA

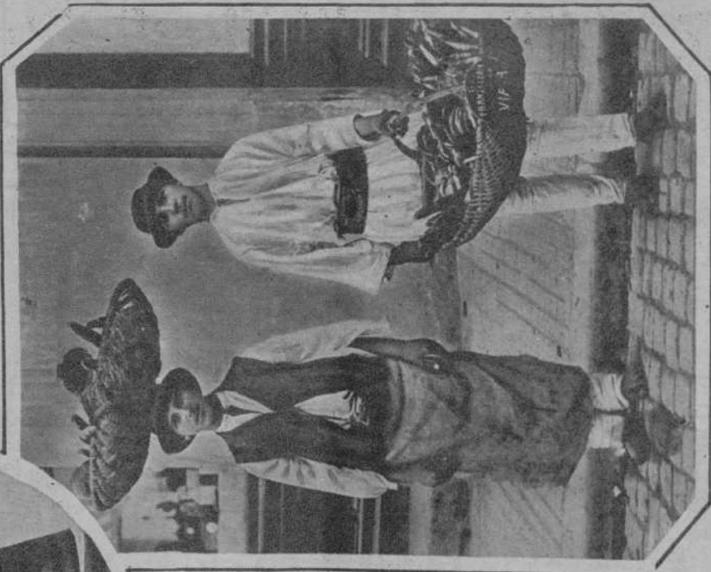


Un pastor tocando la gaita



Una campesina con el vistoso traje nacional

El vendedor de sorbetes.

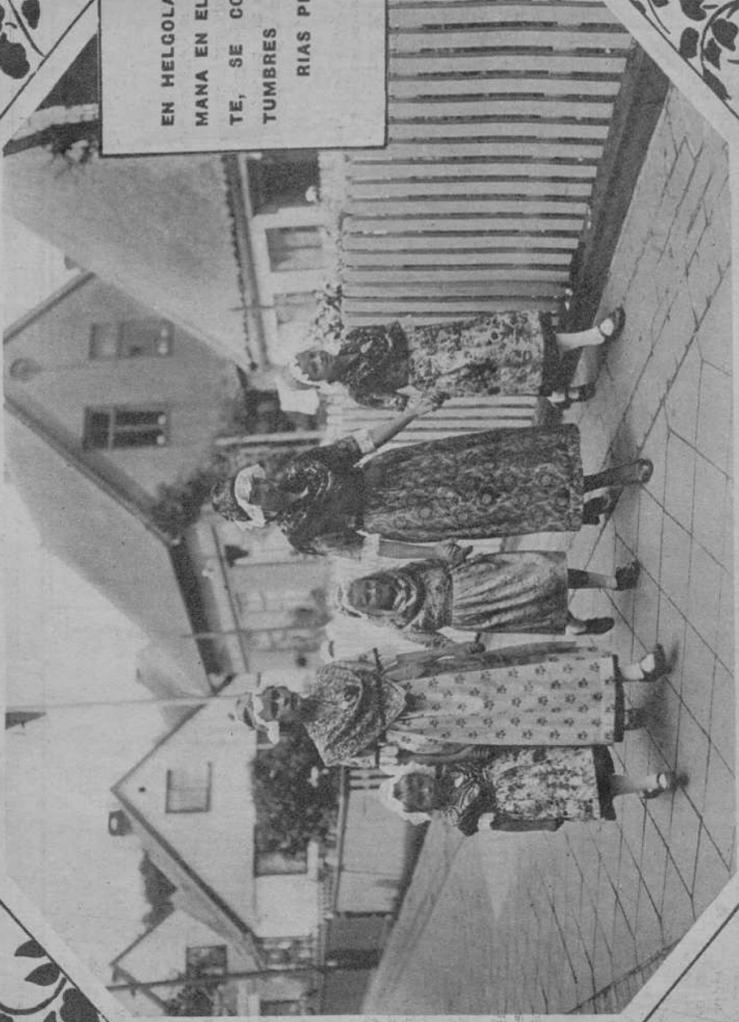


Vendedores de plátanos.



Dos campesinos con capa de piel de cordero.

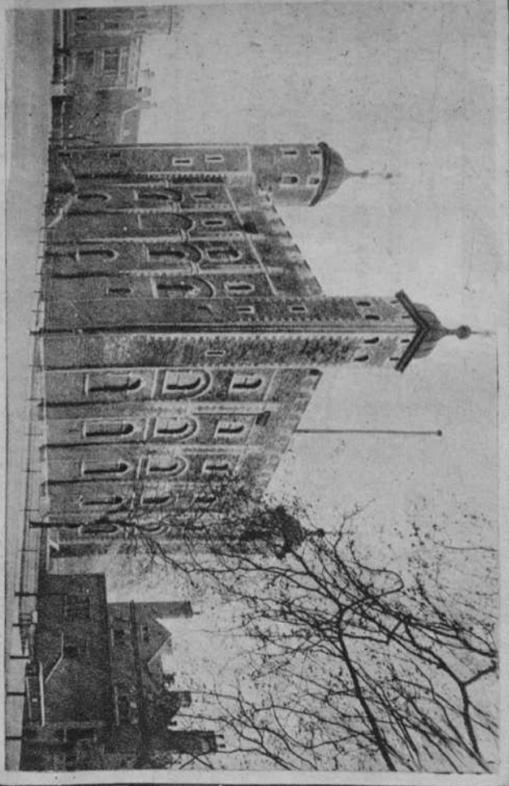
EN HELGOLAND, ISLA ALEMANA EN EL MAR DEL NOROCCIDENTE, SE CONSERVAN COSTUMBRES E INDUMENTARIAS PINTORESICAS



Una calle en una aldea de Helgoland. (Fot. Vidal).

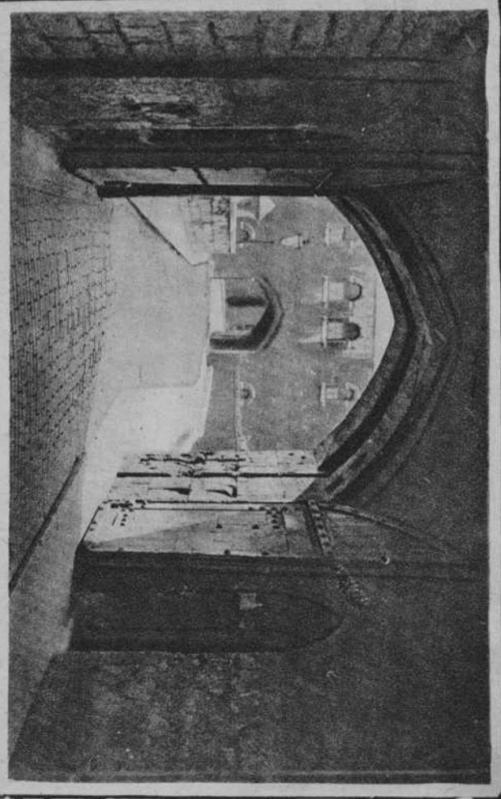


Un grupo de marinos y de pescadores entre doncellas y mujeres en traje de fiesta.

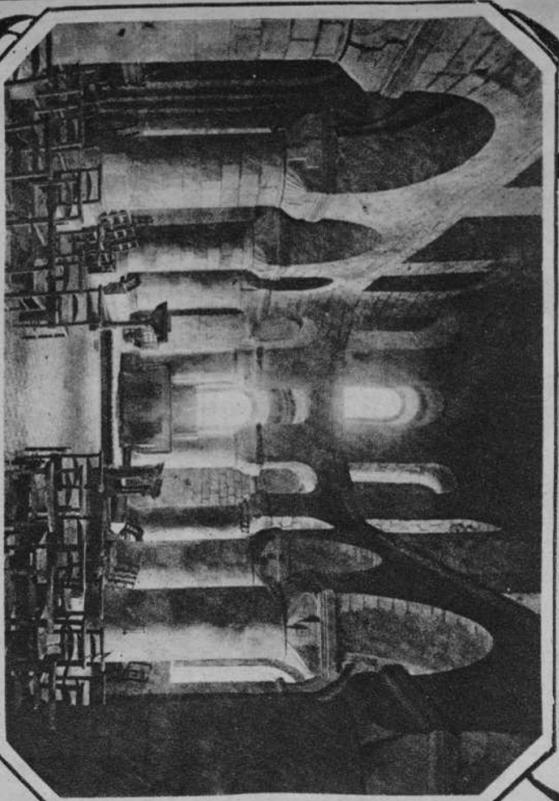


La Torre Blanca, levantada por Guillermo el Conquistador.

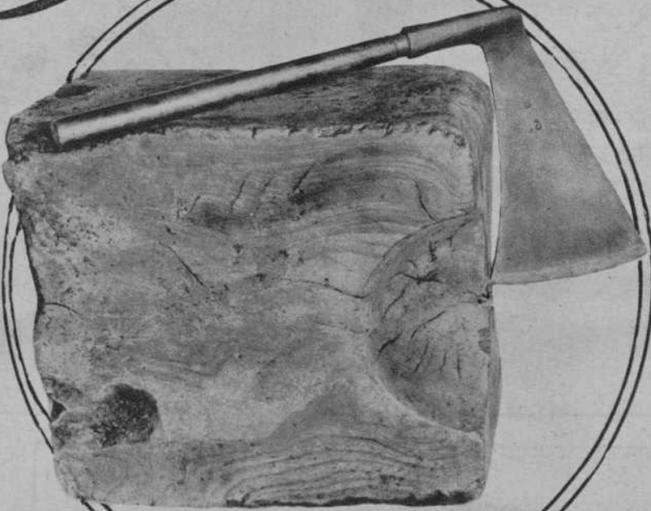
LA TORRE DE LONDRES COMPRENDIA EN SUS VIEJOS MUROS TODA LA EDAD MEDIA DE INGLATERRA. LA TRAGEDIA, AL MORAR EN ELLA LARGOS SIGLOS, HA DEJADO EN SUS PIEDRAS UN SELLO DE HORROR Y DE TRISTEZA



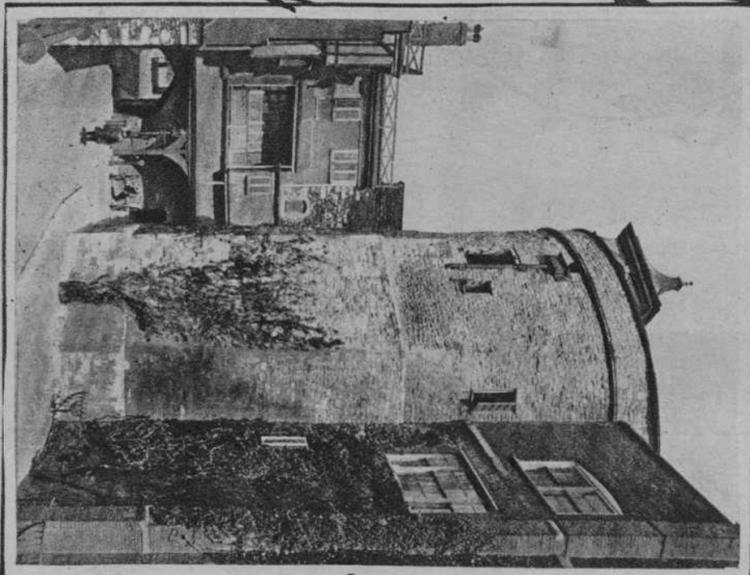
Puerta de los Traidores, en la Torre de Santo Tomás.



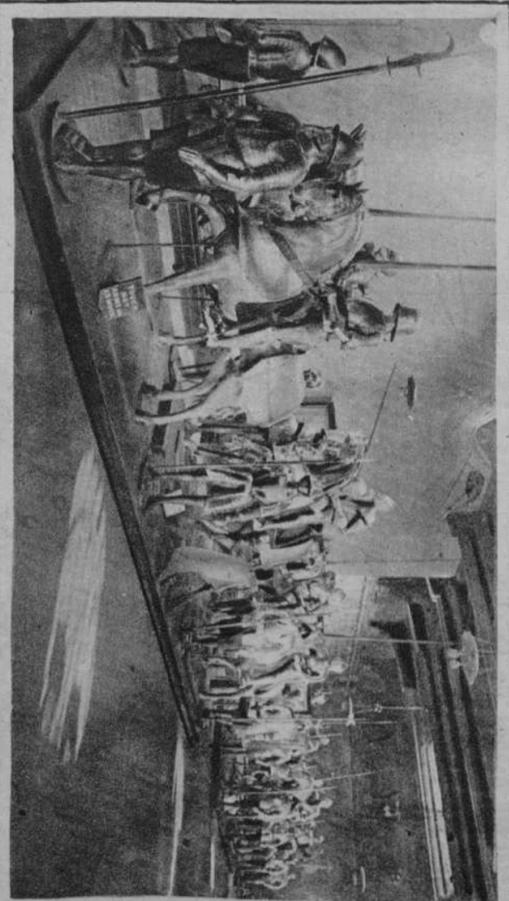
Capilla de San Juan, en la Torre Blanca.



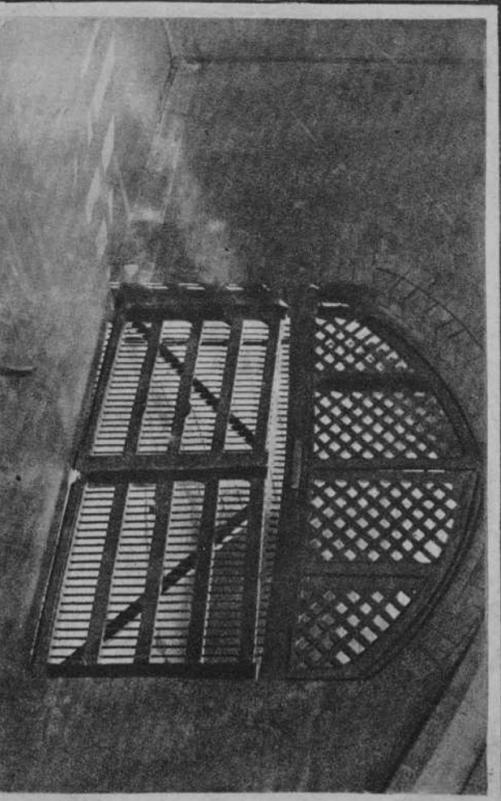
Hacha con que fué decapitado el rey Carlos



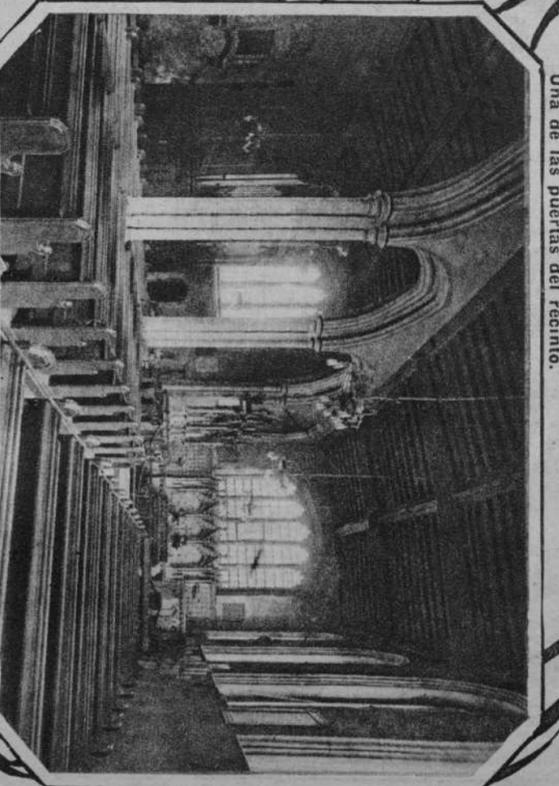
La Torre de la Campana, levantada en el siglo XIII.



Armería y Museo.



Una de las puertas del recinto.



Capilla de San Pedro, edificada por Enrique VIII.

Los grandes dibujantes del siglo XIX

JOSE LUIS PELLICER

A este dibujante atribuyen la siguiente anécdota: Eran por aquellos días borrascosos de la Revolución de septiembre. La multitud recorría los centros oficiales en busca de retratos de la reina Isabel II, para desahogar su furia. En la Escuela de Bellas Artes, entre otros, había uno magnífico, obra de Madrazo, que los dependientes habían escondido temiendo algo, al invadir el populacho la casa, toparon con uno que era un adeseo. Esto no valió. Uno de la partida, que sabía algo de pintura, gritó: No, aquest, no; volen el box. No hubo remedio, sacaron la obra de Madrazo y, apenaban iban a poner las manos encima, un joven, especie de trovador inspirado, arrebató con furia el cuadro y apoderándose de un cachillo de uno de aquellos energúmenos dijo: Deixeu-me-la per mi... es meva. Fa massa temps que la volia. Ara arribat la nostra... y con insaudita destreza metió el cuchillo casi a nivel del marco y arrancó casi toda la tela, echando lo demás a la multitud gritando: Ara ens veurem les cares... Ara ja et tinc... Y con frenesí arrojó su conquista desapareciendo entre la multitud que desahogó su furia en el resto de la tela y el marco, salvándose así, milagrosamente, la magnífica efigie de la augusta Majestad caída.

Esta anécdota pinta a Pelliker de natural, bueno y generoso.

Barcelona's de buena cepa, una de sus predilecciones, fué el popularizar nuestras costumbres, y sus dibujos de aspectos típicos de la ciudad, son una de las exteriorizaciones más simpáticas de su personalidad.

Colaboró en todas las manifestaciones de importancia artística, especialmente en la gran manifestación de 1888, y una de las cosas que le dan mayor importancia, es el ser el iniciador de la instalación de los Museos artísticos de Barcelona.

Acabada la Exposición Universal, Pelliker, con la base de las obras adquiridas en el Certamen, consigue que se respete la



LA PROCESION DEL CORPUS, por Pelliker.

«Contigo... no! Contigo, ni salvarme!» A pesar de lo ominoso del recuerdo, estrechó débilmente contra sí el cuerpo transido de la enemiga que en la hora suprema le había demostrado tan execrable repulsión. Tal vez ni siquiera se diera cabal cuenta de a quien pertenecía ese cuerpo. De no ser el de ella, lo amparara igualmente con pasivo por irrefrenable instinto de protección.

Involuntariamente volvió a evocar los instantes precisos que precedieron al drama. Se encontraba en aquel entonces en sus camarotes de lujo, solicitada su atención por un montón de radiogramas que a intervalos de horas le enviaban sus agentes en Nueva York. Su secretario, Janson, hacía anotaciones al margen de cada uno de ellos y se las pasaba ordenadamente para las definitivas del jefe. Adela, hermosa como nunca y envolviéndole en una de sus miradas serenas, abandonó la cámara, encaminándose al salón de baile. Entretanto, pausadamente, él siguió entregado a sus asuntos, dictando resoluciones breves que Janson convertía en cables cifrados y eran pasados, momentos después, al telegrafista de a bordo. El buque marchaba con tanta calma que apenas se percibían sus movimientos. De pronto Janson, con voz clara y cristalina, le había dirigido esta advertencia:

—Aquí hay, señor; el despacho de Hamburgo, retransmitido desde Nueva York, concerniente a la propuesta Eberlein. ¿Quiere indicarme su decisión?

—¡Al diablo con Eberlein!—había exclamado Drabhan, que expreso había dejado para lo último el asunto Eberlein; y al echar mano a la cartera para cotejar el último despacho con otro anterior complementario notó su falta. ¿Dónde podía haberlo puesto?

Recapacitó unos instantes, tras de los cuales, recordó que lo había dejado en un bolsillo de la chaqueta que había usado de turista. Importaba antes de la respuesta definitiva hacer un cotejo de los dos mensajes. La chaqueta debía de estar en su cabina dormitorio, donde la dejó al cambiarse de ropa para la comida.

—Entretanto, Janson, siga pasando a la máquina esas propuestas ya definidas, mientras yo voy por lo de Eberlein.

Y exento de la menor prevención, abandonó su lujoso departamento, avanzando cíelicamente por la senda del destino. La chaqueta no estaba en su cabina. ¿Dónde diablos podía estar? Después de alguna meditación, creyó recordar que la llevaba puesta cuando, por la tarde, estuvo en los aposentos de Adela y que, mientras conversaban, se la había sacado. Forzosamente había que ir allí. La doncella de su esposa no había terminado aún de comer en el departamento de segunda y no disponía de medio alguno para que se la trajeran.

Traspuso, pues, la puerta divisoria de ambos camarotes y comprobó en seguida que estaba en lo cierto. En ese instante la cerrazón que envolvía al barco comenzó a diluirse e i un preludio del temporal que hizo rolar al Malanesian, volando por el suelo muchos objetos que estaban sueltos sobre las mesas.

¡Qué imprudencia! Entre otros de esos objetos se hallaba el cofrecillo de joyas de Adela. Evidentemente, no había a bordo el peligro de robos, pues, además de ser de confianza la dotación del Malanesian, la otra puerta de salida estaba herméticamente cerrada. Pero así y todo no dejaba de ser una imprudencia, pues las joyas que tenía Adela en el cofrecillo ascendían a varios centenares de miles de dólares. Viendo que el lujoso recipiente estaba próximo a caer, Drabhan se precipitó para retenerlo, pero tarde. La caja se deslizó de la mesa y rebotó en el piso, abriéndose de par en par en una erupción de piedras deslumbradoras.

Disgustado, se arrodilló sobre el encerado para recoger las alhajas, y entre éstas observó la presencia de un papel cuidadosamente doblado, que atrajo su atención. Malagrimosamente lo desdobló. Era un radiograma. Estaba concebido así:

«Drabhan (A). Malanesian, Honolulu.—Siempre pensando en tí, te reitera su amor.—Jorge».

Estupefacto, casi inconsciente de su situación, permaneció largo rato en aquella postura mirando el radiograma. No podía dar crédito a sus ojos. ¿Jorge...? ¿Jorge Adiscombe? Las ideas se agolpaban atropelladamente. Jorge Adiscombe... Nuevamente leyó la frase denunciadora; y, como si de súbito le acometiera un mal, se sintió indispuerto, abocado a una crisis. Pero... ¿cómo pudo haber recibido este radiograma sin que él se enterara? Volvió a examinar el mensaje y la vista se detuvo en la A, entre paréntesis.

Sin duda, ésta era la contrasímbola convenida. ¿Y Janson?... ¿Cómo se prestó Janson a esos manejos? Verosimilmente debía haber sido sobornado, con lo cual, el círculo de traiciones quedaba redondeado. ¡Así respondía a su confianza! Por un instante vivió en un completo aniquilamiento, desoso de que el Malanesian se hubiera hundido a sus pies.

Así permaneció algún tiempo, completamente ensimismado, hasta que se incorporó, poco a poco, dejándose caer abatido, en una silla de brazos. Hizo un esfuerzo para ordenar las ideas. ¡Adela!... ¡Adela y Jorge Adiscombe! Luego, la estatua glacial, la mujer marmórea, fría, no era tal mármol, ni había tal estatua. Y él, por su parte, vehementemente y apasionado, como ella misma, no había podido acallar esta impaciencia y osó telegrafiarla imprudentemente. ¡Qué par de apasionados! ¡Su amor.—Jorge». El trasto inútil, figurin de modas, atrevese a fijar la mirada en su esposa y hasta hacer alarde de sus amores! ¡Y ella, la dama severa, la que por nada deponía su orgullo, por grandes y valiosos que fueran los regalos, ofenderle de aquel modo!

Subitamente se sintió invadido de un furor salvaje. ¡Burlarse así de él, que un instante habría podido aniquilar un millar de hermosuras y tontas y de Jorge Adiscombe!

¡Y Adela!... ¿Quién había sospechado de ella tal cosa? No sabía, a ciencia cierta si sentía por ella un cariño verdadero, pero de lo que sí estaba seguro era de que la respetaba, de que le tenía infinidad de atenciones, tratándola con un tacto y una deferencia cual a la más costosa de sus adquisiciones. Todo cuanto pudiera comprarse con diamantes, pieles, autos y hasta el sostenimiento de un numeroso y opulenta familia, se lo había ofrecido opulentamente, aun cuando no le envaneciera la idea de que era amado por sí mismo. Amado no, pero, por lo menos, tratado lealmente.

Semiembrutecido, se incorporó de la silla y se encaminó, tambaleante, a la pieza contigua.

—Janson, ruéguele a la señora que tenga la bondad de venir a verme.

—En seguida, señor—dijo el secretario, ajeno en absoluto a toda idea de peligro.

Poco después había comparecido, soberbia, despectiva, con Janson tras suyo y que la servía deferente.

—¿Me has hecho llamar, Antony?

—Adn le parecía recordar el tono sereno de su voz.

Encontrando difícil el expresarse en aquellas circunstancias, se había limitado a alzarle el radiograma, sobre el cual ella fijó sus bellísimos ojos, de un candor impecable. Adela estrujó el papel, con una mano y se volvió para mirarle. Sobrevino un instante de silencio.

El lo interrumpió con voz que no parecía la suya.

—Janson... ¡Desde este momento está usted despedido!

—¿Desde este momento está usted despedido!

—¡Señor!—clamó el empleado y recordó la honda alteración que reflejaban sus facciones. (Y media hora después, ese hombre estaba muerto! ¡Ironía!).

Ella se le había encarado con su actitud de resuelta protesta.

—Antony!

—No puedo permitir que más sirvientes se dejen sobornar, ni siquiera por mi esposa. Las mejillas de Adela se arrebolaban por la indignación.

—Yo no he sobornado a Mr. Janson. Encarándose con su secretario todo tembloroso, inquirió:

—¿Es o no cierto que puso aparte este radiograma indigno y se lo entregó a la señora?

—Sí, Mr. Drabhan... Lo hice porque no sabía negarme a nada de lo que la señora ordena.

—Perfectamente. Cuando lleguemos a Singapur deja el vapor. Allí saldré a su cuenta.

Janson se había retirado y los dos esposos quedaron frente a frente, solos en el camarote.

—¿Y bien?—exclamó Adela.

—¡Ah, ya! ¿Conque no lo niegas, entonces?—y en su furor apenas podía balbucear las palabras.

Ella encogió sus hombros desmudos en una respuesta de soberbio desdén.

—¿No tienes nada que decir en tu desdén?

—Tal vez, pero sin duda me dirías que dejar el barco en Singapur—repuso, con frialdad insultante, perfectamente dueña de sí misma.

—No antes que te diga lo execrable que eres, el concepto que tengo de ti.—Y le enseñó todo cuanto había hecho por ella, por su familia para salvarla de la ruina, la vida fastuosa que le había proporcionado en los pocos años desde su casamiento. ¡Y ella, en cambio, qué había hecho por él! —Ya sé... ya sé—contestó ella, molesta—has pagado por mí en estos tres años sumas inmensas. Pero no necesitas estarme diciendo en todos los instantes de nuestra vida.

Por fin pudo él recuperar su serenidad y oponer sarcasmo a sarcasmo.

—¡Hice un mal negocio—dijo.

—Tal vez—contestó ella en tono entre digno y sombrío.

—¡Mujer impudente!

—Pero... ¿es que no te das cuenta de lo que pierdes, de lo que despreciarás? Otro gesto con su soberbia cabeza dió la contestación.

—El año pasado, si no he contado mal, como unos cinco millones de dólares. Y más o menos lo mismo en los años anteriores. Desde que me casé contigo no ha llegado a mis oídos otra cosa que dinero, dinero, dinero... hasta que no he podido más y he intentado un gesto de liberación.

—¿Con ese Jorge de Adiscombe?—agregó él con frío sarcasmo.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—A lo menos, la vida con él es algo más que un mercado sérdido.

Fue el ultraje final. Casi en seguida el temporal comenzó a recrudecer. Hallábase él meditando la frase que pudiera aniquilar también toda posibilidad de reconciliación, cuando sobrevino el choque, aquel pandemium de chillidos, toques de sirena, de la pesadilla de los botes y el forcejeo de ella que culminó con aquel espantoso «Contigo... no! Contigo... no!»

...Y de una manera imprevista, en el número de horas que habían transcurrido en cierta madrugada en una ribera arenosa, cerca de la cual se columpiaban las palmeras. A poca distancia susurraba la voz de un arroyuelo, en el cual, los naufragos apagarón su sed de dos días. El agua, de un cristal puro, les vivificó.

A la sombra de un grupo de palmeras, un hombre de musculatura recia, vestido con ropas desgarradas, de un carácter indefinido,

ble, se hallaba entregado a la tarea de asar un erizo pescado sobre un fuego chispeante de ramas de palmeras y bananos. A poca distancia veíase una red rústica, primitiva, sujeta por los extremos a unas tablas de embarcación, tal vez de la misma que se veía a lo lejos, semisumergida en la playa, lamida por las olas que llegaban plácidamente hasta sus costados.

El pescado estaba suficientemente asado. El hombre lo sacó del asador improvisado, lo extendió sobre una palma seca y cubrió las brasas con ceniza para prolongar su duración. Llega el día.

En seguida, como una niña sintiendo de entre la espesura, apareció una mujer, que pudiera llamarse arquetipo de la femineidad primitiva. Más sobriamente vestida aún que su compañero, esta mujer se engalambó, dándole, de ornamentos toscos, como los de las palmas que le servían de dosel y de vivienda. Una túnica sencilla, formada sumariamente con trozos de lienzo deshilachado, apenas bastaba para responder a las exigencias del pudor; pero para completar esta deficiencia se auxiliaba con la cascada de cabellos negros que caían sobre sus hombros desnudos. Las partes visibles de su cuerpo, con excepción del reverso de los brazos, aparecían envueltas por los rayos del sol. Con todo, estaba linda y provocativa, cual lo estaría aquella niña al salir de su gruta sagrada.

Antony Draban paró el asado en dos porciones iguales y sacó varias galletas de una gruesa caja que había traído en el bote del Malahem.

Estas galletas sólo durarían unos cuantos días más, y será forzoso encontrar algunos de esos árboles que dan frutos de pan. Deben encontrarse por una de estas islas. Suelen ser grandes como melones y se les cuece a fuego lento, entre dos piedras calientes.

Por la fría reserva de su tono, se notaba claramente que la conversación entre ellos había dejado de ser natural. Hasta entonces mirarla de frente. Ella paró en dos calabos que le caían sobre la frente y miró al mar, pensativa.

—Si, repuso ella, en tono desprovisto de intimidad—eso mismo pensaba esta mañana, al encontrar un árbol con frutos parecidos al que tú dices. Pensaba también en varias cosas... y después de una pausa prosiguió bruscamente—¿Crees Antony, que realmente vendrá alguien a salvarnos? ¿Nos hallamos en la ruta normal de los buques? El se encogió de hombros.

—Realmente, no puedo asegurarlo. Nada se ha visto en estos días. Además, en el bote estamos sesenta horas empujados por el huracán, que nos habrá llevado sobre Dios donde.

Nada más se dijo y comieron en silencio. Draban se puso a pensar en las horas de interminable agonía que pasaron en la fragata embarcación, cuando ya en el límite de sus fuerzas divisaron la isla que les dio albergue, pero por el lado opuesto, donde la isla tiene por frente un acantilado altísimo. El viejo marino, timonel del bote, se orientó inmediatamente en ese rumbo, ahelándose todos de ver el término de aquella fortuna. Su desconuelo rayó en desesperación a la vista del acantilado y creer que la isla no era accesible por parte contraria. El oleaje se precipitaba con furia contra la muralla de granito, levantando una montaña de espuma, cuya blancura se prolongaba indefinidamente, hasta perderse en el horizonte.

Desesperaba ya de poder abordar lo que les había parecido paraíso, que les ofrecía una gran paz y resguardo contra los rayos del sol, cuando el viejo timonel descubrió una hendidura del acantilado, en el fondo de la cual se divisaba la playa blanca, salpicada de trozos de vegetación. Aunque de difícil acceso, por el estado turbulento del

mar, el marino enfiló el pasaje abrupto, creyendo poder llevar la barca al otro extremo. El paso, erizado de escollos, y la mar agitada, profunda en ese punto, impidieron que la maniobra pudiera terminarse felizmente. Zozobrada la embarcación, el viejo marino no encontró fuerzas para defender su vida esta vez; y Antony Draban yóse arrojado al mar nuevamente, obligado a luchar por sí y por su compañero en un anhelo desesperado de alcanzar la playa a cualquier costa.

Después de esfuerzos sobrehumanos, al fin de los cuales logró depositar su precioso alfiler sobre la inhospitable playa, se abatió sobre la arena, extenuado, incapaz del menor gesto por muchos minutos, para dedicarse, en vano, a la búsqueda del camarada desaparecido.

Recordó luego como había llevado a Adela bajo la sombra de los árboles, y sobre la arena, al volver de su desalucinante, con estas simples palabras:

—Otra vez me salvaré! —¿Crees que Adela tenía también hijos en el momento que yo me salvé? —¿Estás pensando en Wall Street? —preguntó ella.

Aunque no lo dejó entrever, Draban se sintió irritado por esta pregunta que le recordaba una hostilidad bien conocida. La esposa prosiguió:

—Anoche, en sueños, hablabas del empujamiento que te se arruina en manos de personas inexpertas. Lo decías en voz tal alta que me asustaba, y he de salir de mi retiro, teniendo una desgracia. Hablabas de Harvard, de Hennessy, pero con tal convicción que parecían estar ante ti. Luego con suave sonrisa—Si llegan a oírte, se asustan. Por último, en tono compasivo—¿Qué tramo duro para ti, Antony!

El la miró unos instantes, revestida con aquella tónica harpentina y las manos rasguñadas, por las tareas pensadas que había de hacer en la isla; y a esta visión primitiva se aproximó, por contraste, la de otra mujer sonriente, feliz en la sociedad que era la suya. La vida entonces bellísima, exquisitamente ataviada, en aquel hogar palatino, donde el menor de sus caprichos era ejecutado por una multitud de criados deferentes. La vida, como la había visto en Londres, en París, en Viena, con embajadores, príncipes, aristócratas de bisnes medievales, inclinados ante su mano, como no se habían inclinado ante mano de mujer alguna. Era así su vida, tal cual había de ser, como le marcó el destino: acordar civilidad con su costosa perfección femenina. Con Jorge Addiscombe o con cualquier otro tipo de su calaña—cuando volviera a la civilización, si alguna vez volviera—su gracia y su magnificencia se evaporarían inmediatamente, por aver de cortar la flor para sí, en vez de dejarla colgarse gentil en su propio tallo.

—Es igualmente duro para los dos—repuso el asustado. —Ella no contestó inmediatamente a esta observación, y cuando habló, fué sobre un tema bien distinto. —Vas a dejarme que coche. La próxima vez me toca a mí. Conviene que yo aprenda algo. —El la miró, indiferente. —Como gustes—dijo. Sabrén una larga pausa, antes de que ella volviera a formular sus observaciones inquisitivas. —¿Y como haremos, Antony, si nadie acude a auxiliarnos? La respuesta fué irónica:

—Sería divertido... los dos aquí solos! Te compadecería de veras. —Ella le miró, pero se abstuvo de recoger el sarcasmo. Antony, como arrepentido de su brutalidad, prosiguió: —Si te parece, Adela, olvidaremos la conversación que dejamos interrumpida a bordo. Importa resignarnos, a todo trance, al nuevo género de vida que hemos de llevar en esta isla, adonde hemos sido arrojados como Adán y Eva en su paraíso terrenal. El presente es este paraíso. El pasado es el otro mundo, aquel en que yo era Antony Draban, del Transatlantic Trust, y tú... —En odaliska—completó ella, fijos los ojos en las legañas del mar infinito. —No alcanzo a comprender bien lo que quieres decir; pero admitamos que así fuera. Ahora bien; lo que quiero proponerte es esto: mientras estemos aquí, olvidemos el pasado, dejemos por no dichas las tonterías que nos entorpecen durante la quereña de a bordo. Aquí está nuestro presente, nuestra vida, y pues aquí hemos de vivir, procuremos pasarla lo mejor posible, ayudándonos el uno al otro como dos buenos camaradas. Hasta que seamos socorridos... —¿Entonces?—inquirió ella sin dejar de mirar el horizonte. —Entonces reanudaremos la discusión en el punto en que fué interrumpida.—Hizo una ligera pausa para mastacar unas briznas de hierba, y prosiguió:—Deseo agregar esto, también: que yo nunca llegué a imaginarme que tú me quisieras, y si he de ser franco, es porque no tenía tiempo para pensar en cosas sentimentales; pero tanto poco se me ocurrió de odios desafortunados sentimientos que me revelaste las ventajas de considerar como la peor de las verdades el querer retener a mi lado una esposa que se ha cansado de serlo. Así, pues, terminaremos esta unión equívoca, accediendo de mi parte a todas las liberalidades que quieras, pero sin que vuelva a hablarse de comprada ni pagada. Y en cuanto a lo de odaliska, permíteme que te lo diga: me has dejado asombrado.—Cual un instante, para terminar con esta pregunta:—¿Estamos de acuerdo? —Adela se decidió a mirarle, algo indecisa.

—Como todo lo anterior, es otro de tus sobornos. Tu dinero siempre ha de hacerse sentir. —No—contestó él, con sonrisas forzadas. No estoy en condiciones de sobornar a nadie. Por primera vez en mi vida, me encuentro en un lugar, que un cheque mío, por un millón de dólares, valdría menos que un centavo. Lo que te hago es una propuesta amistosa. Mientras estemos en esta isla, olvidemos de todo, de todo, hasta de que somos marido y mujer. Cuando seamos rescatados, definiremos nuestra situación. ¿Te conviene? —Asintió ella con sonrisas graves, y le tendió una mano que él estrechó con la suya. —Hasta que seamos rescatados... —Antony se incorporó de un salto. —¿Antony!—exclamó alegramente.—Un buen día puede pasar de un momento a otro, y lo que importa, ante todo, es tener listo un buen faro, algo que levante una columna de humo que sea visible desde veinte millas de distancia. —Draban enarbó el hacha, tras la cual había estado haciendo peligrosos zambullidos en la mañana, y se aplicó a hacer una gran pila de leña. Ella, a su lado silenciosa, le seguía, a la sombra de las palmeras. —Adela interrumpió el silencio. —¿Adelita—murmuró tímidamente, tal vez sorprendida por la extraña relación que se había establecido entre ellos.—¿Adán y Eva en un nuevo comienzo del mundo. —Así es—asintió él, animado por su sonrisa.—Mejor Adán y Eva que lo de antes. —¿Crees que ellos no se mirarían con recelo al principio?—observó, con molta inquietud, un rato pensativo. —Me parece que no nos diferenciamos de aquellos. Siguió operando con el hacha y achicando troncos que fué hachando en la pira. Por último, ésta adquirió grandes proporciones. Ambos se pusieron a contemplarla, ensimismados. Adela preguntó: —¿Cuándo habrá que prenderle fuego? —¿Quién sabe!—replicó él, encogiéndose sus hombros tostados por el sol.—Tal vez mañana, tal vez de aquí a algunos meses. Lo esencial es tenerla lista para el momento preciso. Ahora, Eva, puesto que eres la guardiana de este Edén, a ti corresponde velar por que el fuego de la comida no se apague nunca. Ayer consumí la última chispa de mi encendedor. Nuestra misión consiste en que tan pronto como uno de los dos divise una vela o una columna de humo en el horizonte, prenda fuego a la pira con las brasas que siempre habrá de reserva. Tal es la primera ley de nuestro Edén. —¿Juntos fueron recorriendo la curva de la playa hasta llegar al sitio en que seguía ardiendo la fogata que sirvió para cocer el pescado. Hacía en vano, el hombre estuvo contemplando la vivienda de ella, que él mismo había construido, entretejiendo cierta cantidad de ramaje, que formaba un excelente resguardo contra los ardores del sol. —Cree que precisarán unas reformas—observó, meditabundo.—Tu morada, desde ahora, necesita un poco más de amplitud. —Ella le miró, comprendida como si escuchara algo que la hubiera sorprendido. El la tranquilizó. —No pienso obtener de nuestro convenio más ventajas que las que te he dicho. Alá arriba, para mí mismo, voy a construir una choza. —La expresión de alivio en su rostro, le ofendió vivamente; pero hizo voto de ser estoicismo, y lo cumplió. Era la parte explicita del pacto. —Al vería desaparecer entre las palmeras, con aquel aspecto inverosímil y una expresión de dulzura, nueva en ella, Draban se quedó absorto cual si viera por primera vez a la mujer que llamaba su esposa. —Nada omití por hacerla dichosa—decía se el marido, desorientado—y ella, en cambio, no ha tenido para mí más que odio y repugnancia de alma perturbada. ¿Quién lo creyera? —Por la noche, que era en extremo calorosa, se sentaron a descansar en la playa, donde soplaban alguna brisa. Adela, como si hubiera consigo misma, reveló en alta voz el hilo de sus pensamientos. —Me parece un sueño lo que está pasando. Por más que me esfuerzo, me cuesta creer que era yo, realmente, quien vivía en esa mansión nuestra, tan llena de arte y de lujo, y en la que cada cosa estaba hecha para complacerme. ¿Suponerte que víamos un barco?—prosiguió dulcemente.—¿Qué haríamos? —¿Habría que enojar la pira en el acto. —Y entonces, el adios—dijo Adela. —Sí, el adios—asintió él, en tono natural. —Después de todo lo ocurrido, nos diríamos adiós, con un apretón de manos. ¿No es así?—Y, a pesar de la obscuridad, Antony vio que los ojos de su mujer buscaban ansiosos, los suyos. —Sin duda, habría que decirse adiós, y estrecharse las manos—admitió él. —¿Cuánta agitación infundió—siguió diciendo Adela, en una reminiscencia de recuerdos.—Ahora me explico por qué en ese otro mundo estubo tan alejada de tu vida; y fué por tu instinto de laborioso continuo. No puedes evitarlo; está ingenuo en ti. Tú has nacido para organizar, para crear; la pasividad te es intolerable. Aquí está la prueba. Lo que has hecho aquí es maravilloso, y todo de la nada. Puede decirse que hemos hecho vida casi civilizada. Has hecho agujas con los clavos inservibles del bote,

trancilla con la fibra de la palma; ¡qué cerebro terrible el tuyo! ¡Creando siempre! —Halagado, Antony sonrió. —Tu parte no ha sido menor—observó.—¿Sorprendente! Nunca hubiera creído que fueras capaz de tantas cosas. —Como ensimismada, la niña murmuró: —Parece absurdo que lo digas, pero es así: he sido dichosa en estos días. —En el tono de Draban había temblor cuando dijo: —Adela... —Ella se volvió, amenazándole con un dedo. —Eva—rectificó la niña.—Adela es de allá abajo, de ese otro mundo que está más allá del horizonte... esperando separarse de su marido cuando espere a recogerles. La voz de Antony fué aún más trémula esta vez. —¿Eva?—preguntó indeciso.—¿Crees que realmente nos separaríamos si volviéramos a nuestro mundo? —Un suspiro indefinible se anticipó a la contestación de Adela. —Sí—dijo en voz queda.—Las mismas cosas se repetirían. No has cambiado en lo más mínimo. Antes de un mes volverías a las andadas y tendrías tiempo para todos los menajes para mí. Con una cosa basta. No quiero empezar de nuevo. Mejor en concreto: nos a nuestro pacto, Adán.—Y concluyó con una sonrisa la palabra Adán, que sabía subrayado. —Pero... ¿qué estoy oyendo?—murmuró pensativo Draban, al sentirse rechazado definitivamente.—Yo creí que no te importaba nada de mí, que sólo te atraían las fiestas y frivolidades. Y tú de mí, en cambio, supones que sólo tengo atención para el dinero, que no haría caso de tu presencia. Pues hemos sido un gran par de tontos, por lo que veo; no hemos sabido comprender lo que constantemente hemos tenido ante los ojos. ¡Ah, Eva! Ahora me convenzo definitivamente que me nunca seremos el uno del otro. ¿Verdad, Eva? —La dueña del Edén suspiró quedamente. —¿Quién sabe! Si Adela y Antony Draban no recordaran siempre el pasado, esperarían de ansiosamente de volver a esa otra vida... —Sí...—la boca mostró una franca sonrisa al tiempo que los ojos se inundaban de ternura patética.—Sí, Eva viviera algún tiempo más con Adán en este sitio, donde un cheque que por un millón de dólares no tiene valor alguno... ¡Quién sabe, repitelo...! Tal vez... ¡Sí!... Su risa cristalina, adquirió un leve temblor al ponerse en pie, y murmuró por suavemente:—Buenas noches. —Antony se sintió asaltado de extrañas ideas. Maquinamente se llevó las manos a los bolsillos en busca de un cigarrillo para mitigar esa sobreexcitación. —Al día siguiente, a una hora en que el sol parecía inmenso disco colgando sobre el mismo borde del horizonte, se dirigió a cierto paraje de la costa donde podría encontrar huecos de aves marinas que no dejaban de ser comestibles, si eran recientemente muertos. Era (ya se le había hecho casi un hábito el llamarla así) se hallaba en el campamento, dedicada a reavivar el fuego. Sus ideas vagaban al azar, no acertando a ver ni a comprender nada de cuanto tenía ante sí por el confuso girar de sus pensamientos. Aquel promisorio, «quién sabe!», aquella risa temblorosa, repetición en sus oídos con ecos singularmente perturbadores. Presa del sobresalto, se detuvo bruscamente. Las inquietudes anteriores, subitamente desvanecidas, dieron paso a una sensación arrolladora que se resistía a su credulidad. Restregándose los ojos para convencerse de que aquello no era un sueño, miró una y otra vez al sitio que causaba su estupefacción. Ante él, en la lejananza del mar, se alzaba una columna de humo, indicio evidente de la presencia de un vapor. Su primer impulso, automático casi, fué comprender una carrera para ir a encender la pira. Se dio vuelta con ese intento y al ver a Eva inclinada sobre el rescaldo de la noche anterior, cesó de correr. Verosímilmente, en aquella actitud, su camarada no debió haberse apercebido de la columna de humo, ni tampoco de que él la estaba observando. Draban permaneció inmóvil en tanto se desvanecía la humareda lejana. El buque que despedía la columna marchaba a menor altura que el horizonte, pero desde su posición de mando sería claramente visible la columna de humo que se le aparecía a la vista, subitamente. —Entonces, cual si actuara fraudulentamente, volvió a mirar hacia la mujer que estaba absorbida en su tarea, inconsciente de la soñada cornucopia que en aquel instante era una realidad. Era cosa corriente entre los competidores de Mr. Antony Draban, titular de éste de falta de escrupulos. Todo lo contrario de esto, Mr. Draban era escrupuloso de la palabra empeñada, debiendo mediar circunstancias poderosas para que dejara de cumplir lo prometido. En esta ocasión, sin embargo, el ex financista dejaba de vender culto a sus ídolos; esta vez, ciertamente, faltaba a sus compromisos, a la promesa contraída con la mujer cuya salvación dependía de su escrupulosidad. —Inmóvil, frente aquel extraño símbolo; inmóvil en la contemplación de la humareda que gradualmente se iba haciendo más tenue por grados, Draban murmuró: —Cree que Hennessy puede esperar. Hay cosas que corren más prisa. —La última voluta de humo se había diluido en el horizonte, confundiendo con las nubes rojizas que ocultaban el sol. —Volvióse atrás, con las manos vacías, pesados por la infidelidad que acababa de cometer. En el fondo de su conciencia se acusaba de traidor. Su deslealtad era imperdonable. Adela tenía derecho a ser recogida, a ser apartada de aquella isla encerrada, al adios y a la promesa que se habían prometido. Al aproximarse a su compañero, sintió redoblarse la compasión que la inspiraba, cual si efectivamente los males que algún día debieran atigüarla, invieran por origen exclusivo su traición. Se esforzó por levantar los ojos y mirarla de frente; Adela sonreía y le anunciaba que el pecador ya estaba ausado. —Todo este día estuvieron más silenciosos que de ordinario. ¡Cuánta no sería su celeridad y cómo le oíría si supiera! Subitamente Eva se le echó encima, estrechándole convulsamente sus brazos al cuello y desecha en llanto. —Antony!... ¡Antony querido! ¡Perdóname!... Esta mañana he visto humo de un barco... y lo he dejado pasar. —Antony se quedó como si viera visiones. —¿Cómo...? ¿Su adorada había visto humo y había rehusado la salvación? —El la estrechó en sus brazos tratando de consolarla. —No importa, Adela... Eva querida. Ya verás que pronto pasará otro buque. —A pesar de esto, Adela seguía inconsoablemente. —Nada se me da si pasan o no pasan. Lo que quiero es... estar contigo. —El impulsado por una ternura sibilta, se incluyó para besarla; mas al sentir la caricia, que tuvo singular velleidad, la niña se apartó bruscamente, como acometida de un impulso de retomar su contacto. —Antes de que reiniciaras en esto—dijo conmovida—quiere que sepas una cosa... y que Jorge... Jorge Addiscombe fué un cuento para ponerle celoso. —El corrió en su seguimiento hasta apriornarla en sus brazos, donde permaneció sumisa, temblorosa. Por último alzó lentamente la cabeza y murmuró: —¿Adelita! —¿Eva! —¿Siempre? —¿Siempre!

FIN

PAGINAINFANTIL

El viejo trovador

En el gran salón de un antiguo castillo feudal, se hallaban dos niños. Su madre, hermosa y bondadosa dama, se acaba de retirar a descansar y su padre, poderoso conde, había partido esa mañana para una cacería, seguida de un numeroso séquito. Ante la puerta del castillo se detuvo un anciano trovador de larga barba blanca.

—Entra buen anciano—dijo el más pequeño de los niños, íbamos a cerrar, pero no importa. Prefiérimos que pase adelante y nos relate algún cuento. Entra, trovador.

Y así lo hizo el anciano, que se sentó al lado del fuego, y empezó su relato mientras acariciaba la cabeza de los niños que miraban curiosamente su latido y su roja capa destechada por el tiempo.

—Había una vez un rico conde, propietario de varios dominios. Era muy bueno y, por lo tanto, muy querido por sus súbditos, pero llegó un momento en que sus contrarios tramaron contra él una conspiración y lograron apoderarse del condado y aún llegar hasta las mismas puertas del castillo donde él habitaba. Era noche oscura y viendo el conde que echaban abajo las puertas e invadían los ricos salones, se refugió en un subterráneo y cavó a toda prisa un agujero, donde escondió sus riquezas, monedas, collares y joyas. Después, poniéndose sobre los hombros una capa roja, escondió debajo de ella su mejor tesoro: una niña pequeñita y blanca como una azucena, y saliendo al campo por una puerta falsa huyó del castillo. La niña dormía.

Los dos niños del castillo escuchaban con gran interés.

—El conde caminó toda la noche y cuando amaneció estaba ya lejos. Como no llevaba fortuna para ganar así el dinero necesario para poder vivir, y era su voz tan hermosa y tan lindas las canciones que cantaba, que en todos los pueblos se le acasajaba. Así pasaron años y más años, vagando y cantando.



—Se murió tu hermanito, Carlitos?
—Sí, pero yo estuve más enfermo que él.

.....
sintiéndose feliz porque tenía a su querida pequeña.
A los dos niños les parecía muy lindo el cuento.
—Pero así vagando y cantando pasaron tantos años que la capa fue decolorándose hasta perder su rojo color y la niña se transformó en la joven más linda del contorno.

Un día que iba caminando adelante de su padre para pedir limosna, pasó junto a ella, montado a caballo, un joven hidalgo extraordinariamente hermoso.

—Caballero, mi buen caballero—dijo la niña—¿podéis favorecerme a mi y a mi padre?

El joven le tomó la mano.
—¿Tú sí que puedes favorecerme a mí, linda peregrina. ¿Quieres ser mi esposa?
El viejo trovador, que se acercaba en ese momento, oyó estas palabras y dijo:
—Si sabes valorar el tesoro que en ella se oculta, la elevarás hasta hacerla reina.
Y a la mañana siguiente, en el primer pueblo que encontraron, un sacerdote casó a los dos jóvenes. A la alegría de la joven al verse casada con tan bello príncipe, se mezclaba el dolor de tener que separarse de su anciano padre. Después de una desgarradora despedida el pobre viejo se alejó con los ojos llenos de lágrimas y siguió su camino vagando y cantando, teniendo como único consuelo en su soledad el pensamiento de que su hija era feliz.

Unas voces en la puerta del castillo interrumpieron el relato del anciano. Era el padre de los niños que regresaba de la cacería.



—¿Qué dices, muchacho? Que tu padre está al frente de un Banco?
—Sí, señor. Es limpiabotas.

.....
Iba presuroso a besar a sus hijos cuando se detuvo furioso al ver al trovador y exclamó:
—¡Vil mendigo! ¿Con qué permiso vienes a perturbar a mis hijos con tus absurdos cuentos? Te juro que no lo harás otra vez. Alguaciles, llevad a ese hombre al más sombrío calabozo del castillo.

Pero los soldados, conmovidos ante la noble actitud del anciano, no se atrevían a moverse. A los gritos bajo de su cuarto la madre, quien reconociendo en el trovador a su padre, se arrojó a los pies de su esposo, pidiendo piedad para el anciano. Los niños se arrojaron también ante su padre, pero éste no podía calmar su furor. Entonces, con sonrisa que hacía resplandecer todo su rostro, habló así el anciano trovador:

—Domina tu furor, alto caballero. No es de pechos nobles atacar al huesped por humilde que sea, y menos lo es hacer llorar a una mujer y a dos criaturas insultando ante ellas a un padre y un abuelo. Porque vosotros sois mis nietos, hijos míos, y vuestra madre es mi hija, la niña que anduvo largos años por los caminos debajo de mi capa roja. Yo soy el trovador que iba vagando y cantando; yo soy,

por lo tanto, el conde, legítimo dueño de este castillo.
El hidalgo, padre de los pequeñuelos, quedó confundido. Recordaba que su padre, siendo el muy pequeño, se había apoderado de aquel castillo. El trovador, dijo entonces que para demostrar que decía la verdad le acompañaran a un lugar donde él había escondido su tesoro antes de partir. Todos bajaron con él al subterráneo.



—¡Papá! Hoy he dado diez céntimos a una pobre viejecita.
—Así me gusta, hijo mío. ¿Y qué hacías?
—Vendía bombones.

.....
terráneo, y el conde, sin vacilar un instante siquiera, removió una piedra y aparecieron los lingotes de oro, los magníficos collares, las preciosas joyas, los altos montones de monedas de oro y de plata.

Todos los presentes reconocieron al viejo trovador como señor y dueño de aquellos dominios, y su yerno se arrojó ante él, besándole la mano y pidiéndole perdón. Y cuentan que desde aquel día nunca negó hospitalidad a ningún mendigo, ni a ningún peregrino.

Así los dos niños vieron por sí mismos el fin de la historia. Fueron príncipes, pero más que el cetro, más que las joyas del rico tesoro, le gustaban los lindos cuentos que el conde les relataba acompañándose del laúd, sentados los tres al lado del fuego.

Mas hermosa, el alma!

.....
—Niña, se ve que eres buena, niña, se ve que eres sana, como los chorros del agua, como los cobros del agua.

—¿A dónde vas tan ligera y sola, tan de mañana?
—Como una rosa de mayo, llevo de joya tórrida aquella que está al pie de la montaña; aquella grande que tiene las chimeas tan altas. Voy ligera porque pronto darán las tres campanadas quiero estar en mi puesto para no perder mi plaza. Mantengo a tres hermanitos; mi madre está enferma en cama; mi padre, que era tan bueno, hace un año que nos falta... Me levanto muy temprano, y ya dejo a estas horas arregadita mi casa...

—¿Anda con Dios, hija mía, si hermosa tienes la cara, más hermosa, niña buena, debes de tener el alma!

EL CUENTO DEL DOMINGO

LA COLUMNA DE HUMO

POR

BRITTEN AUSTIN

ILUSTRACIONES
F. Bosch.



.....
pósito de bencina, que solía llevar en uno de los bolsillos del chaleco. Notó con júbilo que aun lo conservaba; pero temeroso de que el agua lo hubiere vuelto inservible, se lo alargó al compañero, mientras se esforzaba por bogar con una sola mano para mantener la barca en posición.

Compartiendo los mismos temores de que la torcida no prendiera, el marino formó un hueco hermético con las manos y oprimió el resorte. Del diminuto artefacto brotó una débil chispa que bastó para darse cuenta de la posición de los distintos aparatos en el bote. Con cuidado extremo el marino acercó la llama al fanal, cercado de alambres, y también esta vez, felizmente, prendió la torcida, a despecho de las viejas rachas. Por la primera vez desde que estaba a bordo, Drabhan vio iluminada la cara del hombre que el destino le había deparado por compañero. Era la encarnación típica del viejo lobo de mar, con patillas grises, tez curtida y mirada punzante, que escrutaba impávido la batalla del mar, de aquellas moles encrespadas, de aquellos abismos pavorosos, que la canoa recorría en posiciones inverosímiles.

Gracias a los destellos de aquella luz cética, la operación de fijar la polea en posición e izar el velamento pudo ser llevada felizmente a cabo. El trozo de lienzo se hinchó violentamente y la barca, esta vez, tomó una dirección menos peligrosa, que reducía las probabilidades de zozobrar.

—Mejor de lo que esperaba—murmuró satisfecho el marino.—Retire los remos y córrase a la derecha del bote. ¡Ahora a la capa! Realmente creí que no la contábamos. Ya vendrá mejores momentos...

.....
La menuda embarcación se deslizaba como flecha sobre aquel hervidero infernal, que no se aminoraba en violencia. Unas veces caía como precipitado al fondo de las columnas de agua; otras se empujaba casi verticalmente en demanda de la cresta vertical que burbujeaba fragorosamente. Ma-

.....
—¡Afirme el remo, don Gominal!—ordenó perentorio el viejo lobo de mar.—Si no nos vamos a ver fea.

La frágil embarcación, azotada de todas direcciones por el huracán furioso, se debatía desesperadamente entre montañas de agua que a cada momento amenazaban hundirla. Mr. Antony Drabhan bogaba violentamente a fin de rectificar la posición del bote y ponerlo en un ángulo que permitiera escapar el temporal. En aquellas circunstancias habría sido una temeridad querer elegir rumbos; o se ponían al páiro, con ayuda del pedazo de vela que el viejo lobo marino se esforzaba por sujetar al palo, o el endeble barquichuelo sufriría un tumbo bajo el azote de los elementos desencadenados.

Fuera de toda duda, no necesitaba el conocido archimillonario norteamericano de imposiciones rudas para que se empleara con todas sus fuerzas en poner la popa al viento. Había que correr el temporal a todo trance. Milagro grande era que las débiles tablas de la canoa resistieran los embates de aquel mar embravecido.

.....
—Si no nos vamos a piqué, se le pasará raspando—refunfuñaba el marino, mientras se esforzaba por acondicionar los aparejos y afirmar el palo en la abertura del centro. Rafagas violentísimas trataban de arrancar de manos del marino aquel retazo de velamen, única esperanza de salvación. Amenazando constantemente de ser arrojado al mar y continuando la obra en medio de densas nieblas, la tarea de izar la vela avanzaba penosamente en una sucesión de minutos interminables.

.....
—No habría medio de tener un poco de haz?—masculló, impactentado, el lobo marino.

.....
Fértores en aquellas circunstancias eran inservibles, sobre todo después de la prolongada inmersión que habían sufrido. Sin duda, se habrían hecho papilla. Drabhan recordó subitamente el encendedor, con de-

.....
Entre el fragor de los elementos enfurecidos y expuesto a cada instante a que el corazón dejara de latir, ¿qué importaba ser amo del Transatlantic Trust, ni que fuera él el hombre que hacía temblar a Wall Street? Con un poco de ironía y algo de sarcasmo se concilió fácilmente con la situación y con las circunstancias dramáticas que les rodeaban. ¿Por qué preocuparse de aquella ruidez? El rístico lobo de mar hablaba con la lealtad que le era propia, ignorante tal vez del poder, y de

los esplendores que componen la aureola de los multimillonarios; pero si su tono era hondo y poco sabia de las complicaciones de las ciudades, tenía una pericia más preciosa que la de muchos magnates de la tierra, gracias a la cual tal vez se salvarían del naufragio.

—Mejor será que observe cómo sigue Adela—dijo para sus adentros—y con las precauciones que le habia ordenado su compañero de infortunio, se corrió junto a ella. En la popa de la embarcación una mujer yacía ríida, inanimada.

Drahan se inclinó sobre ella. Desnuda de hombros y revestida de una sutil toilette de recepción que se habia pegado a las carnes como un simple andrjgo mojado, la opulencia de su cabellera de ébano descendía en un marco de misterio poético. A la mortecina luz del fanal, isado sobre el mastil de proa, sus lineamientos denunciaban la poética herida del abogado. El hombre la palpo suavemente.

—Muerta?—interrogó el marino.

—No. Drahan, aunque con dificultad por el bati-joleto del bote, que era precipitado por el viento cruzaba a otra, de un abismo a otro, se esforzó por observar más internamente. La embarcación, que habia hecho agua en abundancia, mecía en sus ondulaciones el cuerpo inanimado del naufrago, barriendo lo de pies a cabeza, como en un anhelo de arrebatarse el último vestigio de vida que en él quedara. El hombre la alzó cuidadosamente, incorporándola a medias, con el fin de que pudiera quedar recostada contra uno de los costados del bote. La mujer no hizo el menor movimiento. Su cabeza, inertes, caía de uno a otro lado; los brazos, yertos, de una flacidez absoluta, denunciaban la insensibilidad de las su- premas crisis. La carne, con su frialdad glacial, acentuaba esta impresión.

El millonario vació un momento. Se des- puso del smoking y con él envió el cuerpo al mar. Poco eficaz debía ser este auxilio, pues como todas las cosas y las personas de la embarcación estaba chorrea- do, pero siquiera serviría de abrigo contra



el viento y del oleaje. La temperatura en aquella zona del Pacífico era sumamente templada. Como si en el cuerpo comenzara

a manifestarse una reacción, cierto estremecimiento lo agitó levemente. El naufrago, recordando a la ligera sensación que no le habia pasado desapercibida, se inclinó nuevamente sobre la mujer, en un afán de transmitirle algo del potente calor que fermentaba en su pecho.

—No parece que sea su mujer—observó el marino en una calma fagaz del viento al herir el bote el abismo de dos olas monstruosas.

—Lo es—replicó secamente el otro. Volvió a reinar el silencio. Anthony Drahan se acomodó lo mejor que pudo para tener estrechamente unido a sí el cuerpo de la desventurada. Gradualmente los vestigios de vida fueron haciéndose latentes, hasta que un tenue suspiro entrecabrió los labios amoratados. Creyóse que la pobre mujer volvía lentamente de un letargo mortal. Drahan, presa de una especie de delirio, susurraba frases inarticuladas a cada uno de estos síntomas perceptibles, que eran el retorno a la vida. Indudablemente, aquella vida era para él el más precioso de los tesoros. Inquieto preguntó al marino: —¿Hacia dónde nos dirigimos?

—¿Lo sé yo acaso? Por ahora a cualquier lado, con tal de salir de este infierno!

—¿No hay luces a la vista?

—Ninguna. La cara rugosa del marino, a la débil claridad del fanal de proa, dejaba entre- ver al hombre de palabra sobria. Lanego aladío pensativo:

—Si no me engato, creo que somos los únicos que han quedado con vida.

Estas palabras, apenas perceptibles entre los rugidos del vendaval, contribuyeron a acentuar el horror de la situación. ¡Bibndad divina! ¡Y a bordo del «Malansón» habia, cuando menos, ochocientos personas! Todo ese mundo, devorado por el mar, se le reapareció a la vista, entrecruzado a sus juegos, desprevencido, platicando animadamente entre las plantas y las luces de los salones que semejabán las lujosas dependencias de los grandes hoteles, de un magnífico palacio fotante. Los hombres, en traje de etiqueta, jugaban al póker o al bridge; las mujeres, con riquísimas vestiduras de moda, jugueteaban languidamente con sus abanicos, charlando des- cuidadosamente, mirando a esta o la otra pareja que se dirigía a bailar al son de la orgueta de a bordo, refugiada bajo un dosel de palma que realizaba la belleza y el esplendor del cuadro. No habia trans- elcurrido ni una hora de todo aquello. ¡Y ahora!...

Un escalofrío recorrió su cuerpo al evocar el instante de intenso horror que asalto su ánimo al producirse el drama. Fue una mente en el más grande de los terrores que pueden asaltar al hombre. El drama lo arrolló todo, los lanzó a todos al abismo de espanto que trocó la alegría del momento en un dolor que casi lo hacían imposible por las olas que casi lo hacían imposible sostener la carga de la compaña que quer- ría arrancar de la muerte y cuya inanimi- dad era revelación de siniestro augurio.

Intentó apartar de sus ojos la visión angustiosa, mas ésta reaparecía con contor- nos más infidos cuanto más se esforzaba por alejarla. En su cuerpo llevaba incrusta- da, hasta lo más profundo de su ser, la tre- menda sensación del desgarre que se sintió en el fondo del buque; el catástrofo súbito que destruyó el palacio en el cual transu- rrian sus existencias; el campañillo téri- co, acompañado de voces e intimaciones que resonaban desde un extremo a otro de la nave, la voz estridente de la sirena de a bor-

do, reveladora de la desgracia, y por últi- mo, la carrera desorientada, el salvés quien pueda de unos seres entloquecidos por co, acompañado de voces e intimaciones que resonaban desde un extremo a otro de la nave, la voz estridente de la sirena de a bor-

do, reveladora de la desgracia, y por últi- mo, la carrera desorientada, el salvés quien pueda de unos seres entloquecidos por co, acompañado de voces e intimaciones que resonaban desde un extremo a otro de la nave, la voz estridente de la sirena de a bor-

Recordó perfectamente la actitud de es- tupo con que él y Adela habían puesto término a sus recombinaciones, al sentir la embestida que hizo estremecer el casco, y recordó, asimismo, la expresión de asom- bro que ensombreció sus ojos al oír el cla- moreo de las mujeres, en una atterridora imprecisión de auxilio. Resentidamente, a despecho de la querrela que se habia he- cho enemigo mortal, él se habia abalan- zado sobre la mujer, la habia asido por las muñecas, arrastrándola hacia la puerta, no obstante el encono con que ella se defen- día, activo el gesto, insolente la mirada, con expresión de rabia y desden tales que lo angustiaron del momento no bastaba a que- brantar. Implacable y sarcástica, cual si quisiera pasar a la otra vida con un supremo aliento de odio, le lanzó al rostro palabras atroces, inolvidables, que se superponían a la misma angustia del naufragio.

—Dígame que me mueren! ¡Contigo, ni salvarme quiero! Triunfo él, pero hubo de triunfar a viva fuerza, empleando todas sus energías para arrancarla del camarote y llevarla hasta cu- bierta, donde la multitud daba muestras de terrores inimaginables. Al llegar a este epí- sodio, evocó la explicación breve que le ofre- ció un oficial, al preguntarle las causas del siniestro:

—Ochoque con un buque abandonado. Un gran lienzo del fondo ha sido completamen- te desgarrado. El inmenso ruidio de agua iba imprimien- do al buque una inclinación fatal. En una arrollada que exigió todas las potencias de su ser, se lanzó a uno de los botes, venien- do de las últimas resistencias de la mujer, pa- mo a palmo, en un forcejeo en el cual am- bos demostraban la misma violencia y desesperación. El desprecio de aquella nega- tiva fué nuevamente repetido:

—¡Contigo... ni salvarme quiero! —Por Dios santo, mujer! ¡Olvídate ese! ¡Olvídate!

La evocación en este momento tomó un cariz distinto. Supongase que no fueran sal- vados, que fatalmente hubieran de perecer, como clamaba Adela. Imaginó entonces la consternación que la noticia de su muerte causaría en Wall Street, el sinnúmero de comentarios que se haría en la zona de los rascacielos, en la misma Bolsa, en el Trans- atlántic Club, donde la magnitud y diver- sidad de sus negocios constituían un ver- dadero Maasstrom financiero. ¿Qué harían sus colaboradores en aquella situación? ¿Quién se pondría al frente del estableci- miento? ¿Hardwick? ¡Infeliz! Ni siquiera una simple orden radiotelegráfica se habia atrevido a confiarle nunca sin que le salta- ran infinitos temores... ¿Hennesey?... ¡Bahl! Hennesey era tan calamitoso como el anterior y era muy de temer que con dos o tres semanas de combinaciones suyas, la in- tención fué devorada por los grandes pe- ces de Londres o París.

—Muerto... ¿qué dirían de él los diarios? ¿Qué sentimiento o qué frialdad alentaría en las necrologías? ¡Sería curioso leer! Tal vez él las leyera algún día, pues proba- blemente se le vendría por muerto y era lógico esperar que algo dijeran de él. Fuera cual fuera el juicio de sus biógrafos, ten- drían que reconocer su gran reactivivo, el temple que le habia hecho el amo de Wall Street. Nadie como él acreedor al justo títu- lo de magnate de las finanzas.

Con gesto opresor trató de alejar la im- agen de la preciosa mujer, que le habia en- vuelto en un estivo de odio, al tiempo que forcejeaba por arrancarla a la muerte. Aqué- llas palabras de desprecio resonaban en sus oídos con vibraciones chirriantes, que des- truyan toda esperanza de nuevas venturas.

nave central del que fue Palacio de la In- dustria, y en él instala lo adquirido, agre- gando una serie de reproducciones de las obras escultóricas más notables de Europa, siendo entonces nombrado director de los Museos Municipales de Reproducción y Be- llas Artes de Barcelona.

Este cargo fué una compensación mere- cida de las penalidades que le habia costa- do su accidentada vida artística, su calidad de ilustrador en brazos de perido- dismo, ejerciendo de corresponsal artísti- co de la «Ilustración Española y America- na» en el Norte, durante la guerra civil. Es- to le valió el tener igual cargo en la guerra de Oriente entre Rusia y Turquía, siquien- do toda la campaña en el Estado Mayor del general Gurió.

Las penalidades de este periodo de su vi- da, quedaron en él grabadas, dándole aquel aspecto tan característico. Su fisonomía, de rasgos pronunciados a primera vista, le da- ba un aspecto metafísico, que le valió una vez ser tomado por anarquista y dete- nido, durante una excursión que hizo a Francia.

Sacando partido de esto, su bien comen- zó el sugirir una de sus travesuras, típicas de él y del ambiente de su juventud. Pasada- dose por un ferri, vivió, en un rincón, una buena vieja, pequeña y simpática con un surtido de ollas y cazuelas que pregona- ba con gran afán, sin que nadie se acordara de ella. Acercóse de repente con su cara de diablo y arremetiendo con su bustón, empezó a romper, con fingida furia, aquella preci- osidad de vasijas, con gran susto de la po- bre mujer que, llena de terror, iba de un lado a otro diciendo: «Senyor, senyor... per- Deu... ¡que s'ha tornat boig!». ¡Ay! ¡ay! con ho faré ara jo...» cuando estuvo todo roto, calmándose de repente, dijo con toda seriedad: «El be. ¿Quant pot valdre tot això?». La mujer, llorando, le dijo la fabu- losa cantidad, que él pagó imperterrito con algo más por encima... y la buena mujer co- bro sonriendo en medio de sus lágrimas y diciendo: «¡Ay, gracias, bon senyor...! ¡quin gust m'ha donat...! Pensa bé ben be que s'habia tornat boig...! Pasin be... Que per molts anys pugui fer semblants obres...».

Otro periodo atrayente de su vida, fué la revolución que su simpatía, armó entre los alumnos de la Lonja, por su postergación en

numerosas obras, entre ellas los «Epi- sodios Nacionales» de Pérez Galdós; «El Qui- jote» y «El Old Campeador». Colaboró con sus intenciones dibujos, periódicos, re- vistas locales; en «la Monde Ilustrado» de París; «The Gaff», de Londres; en la re- vista «Arts i Lletres»; «Bibliotheca Univer- sity», de Montaner y Simón, siendo director artístico de «la Ilustración» editada por la misma casa; primer presidente y fundador de la «Sociedad Instituto Catalán de las Artes del Libro», etc.

De alma grande y espíritu abierto a todas las manifestaciones de progreso, vivió al unísono de los más nobles ideales de su tiempo. Fué el gran amparador del desgra- ciado, chistoso y ocurrencie, muy popular y querido por todo el mundo. Su sensibilidad exquisita le hizo el apóstol por toda clase de medios, de aquel estremecimiento sensi- tivo paternal que vibra en las obras de Mi- chael y de Erickman Chatrman, del senti- miento que arranca el grito supremo de Berta de Suttner. «Abajo las armas». La visión de la guerra transformando al her- moso tipo de trovador en aquellas duras facciones entrecruzadas por una mirada dul- ce y profunda, dió también a su palabra un tinte calido y una atracción persuasiva a través de la cual, se entreveía su alma abrasada de un amor profundo a la huma- nidad y por eso en sus dibujos de la guerra se obsina en presentar los horrores de ésta y no la parte heroicamente pintoresca. Una conferencia que dió sobre los par- tidos de estas luchas, fué emocionante. Esta especie de apostolado lo ejerció toda su vida. Todo su arte se inspira en la pro- pagación de la cultura y de las artes de la paz. Fué un despartador de innumerables aspectos artísticos. La decoración, el amu- nicio artístico, las artes del libro, la propa- gación de museos... todo... toda clase de ideas tiles y aspiraciones generosas, en- contraron un cooperador ferviente en esta alma inmensa del gran maestro Pellieer.

Nació en nuestra ciudad, el 12 de mayo de 1842, y murió en ella, también, en junio de 1901.



Acción de Monte Esquinza, 2 junio de 1870, por Pellieer.

Las oposiciones que tomó parte, optando por una cátedra en la Escuela de Bellas Artes. Todos los alumnos de esta Entidad, deja- ron de asistir a las clases por algún tem- po y si bien no pudieron conseguir para su preferido la plaza, tampoco permaneció en ella su contrinante.

Habia entonces de director de la Escue- la, el justitero señor Caba, el cual, vien- do la continua obstinación de los estu- diantes, en armar bulla en la clase del compe- tidor de Pellieer, reunió consejo de disci- plina, y habiendo preguntado la causa de la rebeldía estudiantil al que le pareció el candidato de ella, el estudiante, con toda su- dacia, en medio del crecruo de profesores, di- jo: «Porque no sabe lo que se pesca». Hubo un gran murmullo de protesta entre los gestos de autoridad, y diciendo: «calma, se- ñores... calma y dirigiéndose al atrevido estudiante le dijo: «cómo lo prueba us- ted?». Con esto, y le mostró el estudiante una corrección equivocada garrafalmente, que el señor profesor habia cometido. Verdad sería, cuando el profesor fué tratada- do casi inmediatamente.

Si el Gobierno no supo atender a los mé- ritos de esta gloria nacional, en cambio fu- vo amarguras de todas partes. Ilustró in-



Durante una tregra. — Oficiales carlistas en las avanzadas de Murrieta, Marzo de 1874, por Pellieer.